

# ARQUEOLOGIA DE TUNJA

Neila Castillo. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales

Después de que Silvia Broadbent y Marianne Cardale, entre otros, habían logrado a través de sus diversas obras sistematizar y aclarar el panorama arqueológico regional de las ocupaciones cerámicas de la Sabana de Bogotá y sus alrededores, se venía esperando la aparición de un estudio similar que permitiera establecer relaciones y comparaciones con el altiplano boyacense. Es cierto que antes Tunja, Sogamoso, Villa de Leyva y otros sitios habían sido investigados pero, con la excepción del estudio de Ana María Falchetti en Sutamarchan, estas exploraciones no habían presentado sus resultados dentro del marco de una metodología arqueológica moderna. En general puede decirse que la tipología cerámica de Boyacá se desconocía casi por entero y que la cronología absoluta se encontraba en una etapa muy incipiente.

El Proyecto adelantado por Castillo, con el patrocinio de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, comprendió la excavación de varios cortes en el sector de Tunja que hoy ocupan las instalaciones de la Universidad Pedagógica y Tecnológica y otros predios vecinos. El sitio escogido por Castillo resultó ser de una importancia y una riqueza de información excepcional. No sólo se trata de uno de los escasos sitios estratificados hallados en el altiplano, sino que además se encuentra en el lugar del asentamiento Muisca prehispánico más extenso del altiplano boyacense y se encuentra en excelente estado, puesto que las alteraciones naturales y humanas no han llegado a afectar esa estratigrafía.

La interpretación que hace Castillo del contexto arqueológico encontrado en sus excavaciones de Tunja se centra, como era lo lógico, en el análisis de la cerámica; Castillo identifica dos grandes complejos bien diferenciados a nivel de las formas y técnicas decorativas y separados estratigráficamente en los cortes excavados. Los complejos de cerámica incisa (1), y pintada (2) se encuentran relacionados por una zona de contacto y transición, en la cual se encuentra otro tipo que comparte algunas características de los dos complejos. En general esto sugiere que también en Tunja se produjo la ocupación del período Herrera seguida por la ocupación Muisca en épocas tardías y adicionalmente se evidencia una época de contactos entre las dos étnias y de probable mestizaje.

Sorprende dentro de este contexto que Castillo no adoptara una terminología arqueológica, que es común ya entre todos los investigadores del altiplano, negándose a identificar los complejos cerámicos con periodos culturales. Desafortunadamente ésta posición restringe en mucho el alcance regional de los trabajos de Tunja y niega las evidencias obtenidas por otros investigadores, que permiten establecer las identidades etnia-complejo cerámico y rastrearlas hasta épocas tan antiguas como las que corresponden al material de Tunja. Por esta vía se entra en un análisis muy local y estrecho del proceso arqueológico que permite pocas salidas e inferencias más allá de la cerámica misma.

Esto mismo se manifiesta nuevamente en la tipología cerámica cuando Castillo, al dar nom-

bres a los tipos, evita homologarlos con tipos previamente identificados pese a que el grueso de sus características sean coincidentes. Con respecto a esto, habría que anotar que otro de los factores que ha permitido madurar la investigación en el altiplano es el uso por parte de los arqueólogos de un solo conjunto de definiciones y nombres de tipos cerámicos; si cada excavación nueva supusiese el establecimiento de un conjunto nuevo de tipos cerámicos, se tendría en breve una situación caótica y sería imposible llegar a organizar un panorama del desarrollo y difusión de estas tradiciones y de los grupos que las produjeron. Esto no quiere decir, en modo alguno, que deban obviarse las diferencias locales en las formas y motivos decorativos, pero, indudablemente, un cuadro de arqueología regional será tanto más rico cuanto estas diferencias se puedan ver dentro de categorías integrativas y no como unidades aisladas y puramente locales.

Con todo, estas observaciones no implican que el trabajo de Castillo en Tunja no deba verse como un aporte serio y valioso a la arqueología

del altiplano, un trabajo adelantado y en su mayor parte presentado con absoluto profesionalismo y rigurosidad metodológica. Una sola excepción valdría la pena anotar aquí, la presentación de una de las fechas absolutas (1.170 d C.) sin su número de laboratorio ni su margen de error, lo cual contrasta con la otra fecha citada que si se presenta con estos datos imprescindibles.

La *Arqueología de Tunja*, aun a pesar de los pequeños errores que contiene, marca un punto de cambio en el tipo de trabajo arqueológico adelantado en esa zona del país, y trae consigo una serie de nuevas informaciones que la convierten en un texto de consulta obligada para los estudiosos del altiplano. Es posible, que una futura reelaboración de los materiales, permita darle a este contexto arqueológico una posición más clara en el panorama regional y un mayor alcance a nivel de las inferencias sociohistóricas.

ROBERTO LLERAS